

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL AÑO FATAL

DE LOS DESASTRES DE LA PATRIA



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
CUARTA SERIE.—EPOCA MODERNA

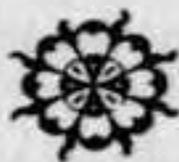
EL AÑO FATAL

ó

LOS DESASTRES DE LA PATRIA

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



EL AÑO FATAL

¡Continúa el calvario doloroso de las desgracias que sufrió la patria durante la injusta invasión norteamericana!... ¡Vais ahora á conocer, lectores amables, las batallas épicas que se libraron en el Oriente de México, batallas que fueron desgraciadas para la causa de la justicia, pero en las cuales irradió, como siempre, el valor del soldado mexicano!

Aunque careciendo de jefes, de un gobierno es-

able y falto por completo de toda dirección, los soldados mexicanos habían desplegado tanto valor y heroísmo en los distintos encuentros que hasta entonces tuvieran con los aguerridos ejércitos norteamericanos, que el gobierno de aquella nación comprendió que no era posible con el ejército del Norte mandado como antes os he dicho por el general Zacarías Fayler, llevar á término feliz la inieua empresa que se había propuesto.

Mas como le sobraran elementos determinó poner sobre las armas otro numeroso cuerpo de ejército que, según los planes y estudios presentados al ministerio de la Guerra por el Cuerpo de Estado Mayor, debía invadir nuestro territorio por el Oriente á fin de que nuestras fuerzas en número escaso, no pudiesen oponerse al invasor dividiéndolas, separándolas y transportándolas de puntos tan lejanos entre si.

Ese ejército debía desembarcar en el puerto de Veracruz conducido por una escuadra formidable, dotada de todos los elementos de guerra para proteger el desembarco de las tropas.

Conforme á este plan de campaña habilmente calculado y dispuesto á principios del año de 1847 se presentó en las aguas del Puerto de Veracruz una formidable escuadra compuesta de siete na-

víos de línea, varios cruceros y algunos auxiliares mandada por el Comodoro James H. Etliot.

A su bordo venían numerosas fuerzas de desembarco á las órdenes del general Winfield Scott.

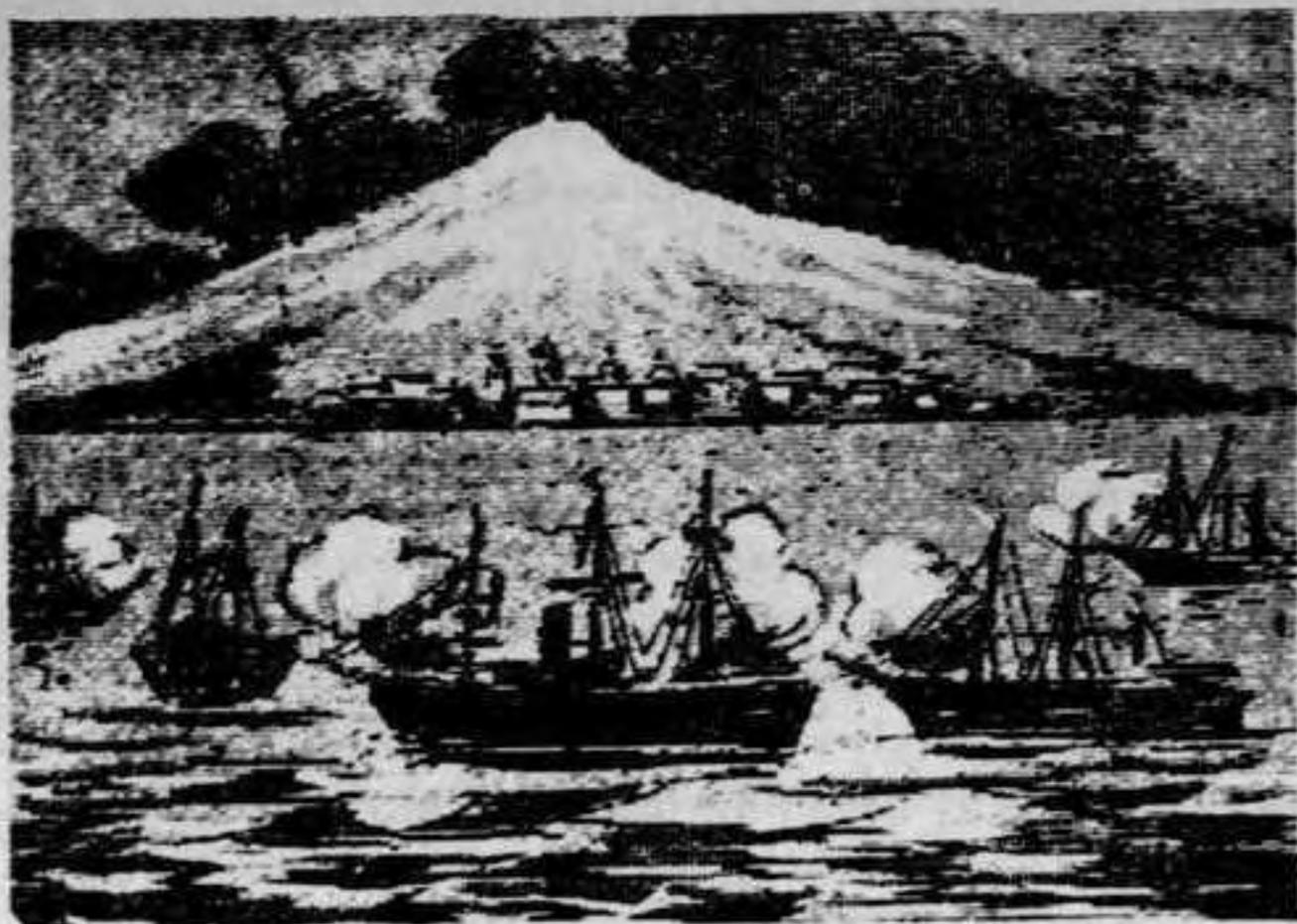
Ya el año de 1838 cuando Francia nos declaró una guerra injusta valiéndose de su superioridad militar y de sus poderosos elementos, guerra que anteriormente os he referido, así como su triste y fatal desenlace; ya entonces, queridos lectorcitos, el puerto de Veracruz habia sufrido el ataque del enemigo extranjero, según os lo he contado y aunque resistiendo heroicamente habia visto hollado por plantas extranjeras su noble suelo.

Otra vez más, á pesar de una resistencia digna de los antiguos espartanos, de aquellos tiempos épicos é inmortales, iba á sufrir la misma inmerecida afrenta; otra vez más el enemigo extranjero con planta audaz iba á escarnecer sus lares!...

El formidable armamento de los norteamericanos, sus hábiles jefes, sus elementos poderosos podrían desde el primer momento presagiar la victoria en su favor.

Mas á pesar de todo esto, cuando la escuadra se presentó é intimó rendición á la plaza, la con-

testación no se hizo esperar y fué digna de los hijos de México.



Comenzó el ataque terrible, sangriento por parte de los norteamericanos.

La plaza fué bombardeada durante seis días por aquella escuadra formidable que arrojaba sobre ella torrentes de fuego.

El general Morales, con cerca de cuatro mil hombres, defendió heroicamente la ciudad confiada á su patriotismo; seis dias duró el bombardeo, barbaramente dirigido sobre los hospitales, asilos, plazas y puntos donde se suponía era mayor la aglomeración de gente.

Y cuando habian perecido más de mil hombres pertenecientes á la guarnición; cuando los hospitales se encontraban llenos de heridos y la peste y todas las enfermedades hacian presa en los habitantes; cuando el parque se habia agotado por completo, asi como los viveres, y no habia ya esperanza de auxilio alguno; cuando la tercera parte de la población estaba destruida por las bombas enemigas, entonces se pactó una capitulación honrosísima para los valientes defensores de la ciudad sitiada.

El general don Antonio López de Santa-Anna, que, como os he dicho anteriormente, ocupaba la presidencia de la Republica, al recibir la noticia de la capitulación de Veracruz, se indignó sobremanera, ordenó la prisión de los jefes que habian, con tanto denuedo como heroismo, sostenido el ataque de los norteamericanos, de los valientes

generales que habían hecho prodigios de valor Morales, Durán y otros, reprobó la capitulación pactada con el enemigo y dejando la presidencia al general don Pedro María Anaya, nombrado por el Congreso para substituirlo, salió de la Capital con dirección á Jalapa, poniéndose al frente del ejército y manifestando en una proclama que expidió á los soldados que iba al frente de ellos á lavar con su sangre la deshonra de la capitulación de Veracruz.

El, que como antes os he referido, había traicionado la causa noble y santa de la patria en la guerra de Texas, cuando viéndose sorprendido en San Jacinto, derrotado y hecho prisionero por salvar la vida, ordenó al general don Vicente Filisolo que retrocediera; él, que conducido á los Estados Unidos, olvidando por completo las últimas nociones de honor y dignidad se comprometió á todo lo que de él exigieron; él que en la batalla de la Angostura, como en otra narración os lo cuento, retrocedió ya victorioso, abandonando el campo enemigo, tuvo el cinismo, la inconcebible audacia de manifestar indignación contra los valerosos jefes que habían defendido la plaza de Veracruz, de ordenar su prisión y de expedir una proclama en la que manifestaba que iba á lavar aquella deshonrosa capitulación!...



Contra la opinión de los más instruidos jefes del ejército como don Manuel Robles Pezuela y Cano, Santa-Ana mandó fortificar un punto llamado «Cerro Gordo» para presentar batalla al ejército norteamericano, que orgulloso y fuerte, después de haber tomado la plaza de Veracruz avanzaba sobre la Capital.

En vano, después de haberse definitivamente situado en ese punto el ejército mexicano, Robles Pezuela presentó un habil proyecto de fortificación; Santa-Ana, lleno de insuficiencia y de ignorancia lo deshechó y se perdió con esto la última esperanza que para obtener el triunfo hubiera podido tenerse.

El general Scott, después de haber estudiado perfectamente el terreno, formó su plan de ataque, bien concebido y con toda precisión llevado á cabo.

El cerro del Telégrafo dominaba por completo la posición que ocupaban las fuerzas mexicanas: este cerro había quedado sin defensa alguna por orden de Santa-Ana y fué el primer punto que ocuparon los soldados enemigos.

Este fué el día 17 de Abril.

El día siguiente y dueños ya los yankees de ese



punto estratégico, se verificó el ataque en toda forma.

8,500 hombres perfectamente armados y equipados sostenidos por poderosa artillería y llenos de confianza en la victoria se lanzaron al ataque.

Heroica fué la defensa; mas inutilmente el soldado mexicano hizo prodigios de valor; las torpes disposiciones del general en jefe no correspondieron á sus esfuerzos y una vez más la sangre de los hijos del pueblo regó abundantemente el campo de batalla!...

En completo desorden se retiró el general Santa Ana rumbo á Orizaba, pretendiendo organizar nuevas fuerzas que oponer al invasor.

En todos los episodios de esta triste y dolorosa campaña, lectorcitos míos habréis notado que los hijos del pueblo fueron altamente nobles y heroicos; que dieron pruebas admirables de abnegación y patriotismo y que solo la falta de un jefe hábil y entendido pudo hacer que el enemigo in-

vasor marchara de triunfo en triunfo, acercándose cada vez más al logro de sus deseos.

No tachemos jamás á esos valientes soldados; reconozcamos su heroísmo y tengamos siempre en la memoria su levantado esfuerzo, á la vez que bendiciones para ellos acreedores una y mil veces á nuestra gratitud...

Ellos derramaron su sangre en el campo de batalla; con sin igual empuje corrían á luchar contra un enemigo muy superior por sus elementos, número y hábil dirección; fueron vencidos pero la patria conserva un recuerdo gratisimo de sus esfuerzos y hazañas, los cubre con su manto, así como lanza una maldición tremenda é ignominiosa sobre los que posponiéndolo todo á su personal interés y execrable ambición la cubrieron de luto y de vergüenza!...

Después de la derrota sufrida por nuestras fuerzas en Cerro Gordo, no quedaba un baluarte que oponer al ejército enemigo.

Santa-Ana permaneció poco tiempo en Orizaba y volvió á la Capital recogiendo el poder de manos del general don Pedro María Anaya.

Entretanto los invasores, sin encontrar obstáculo en su camino, prosiguieron su marcha victoriosa.

Entretanto en la Capital se verificaban escandalosos acontecimientos.

El Gobierno, para atender á los gastos y necesidades originados por la guerra, había decretado contribuciones extraordinarias y entre otras una que gravaba al clero en la décima parte de sus productos, es decir, de lo que obtenía, tanto de sus bienes, como de lo que entraba á sus arcas debido á la piedad de los fieles.

Mas el clero, no conforme con esta disposición, procuró evadirla, alegando el descontento de sus partidarios y presentándose como una víctima del gobierno.

Varios ricos, para eximirse del pago de una contribución extraordinaria que se decretó, se pusieron bajo la bandera de los cónsules extranjeros.

Por último, para eterna vergüenza y escándalo entretanto que los patriotas se batían denodadamente contra los invasores allá en Oriente, las calles de la capital se veían ensangrentadas por odios de partido.

Entre los cuerpos de guardia nacional levantados para la defensa de la patria, había unos afectos á los conservadores y otros á los literales.

El Gobierno quiso desarmar á los cuerpos que le eran hostiles, éstos resistieron; el clero atizaba

secretamente la hoguera y al fin estalló el pronunciamiento de los *polkos*.

Se llamaba de los *polkos* por alusión al baile *polka*, muy en boga en ese tiempo, un batallón compuesto de personas de la buena sociedad de México y adictas al clero y á los conservadores.

Permanecieron fieles algunos batallones mandados por el general Rangel.

Por espacio de un mes las calles de la capital fueron teatro de toda clase de horrores. Farias, Vicepresidente de la República ocupaba el palacio, donde se sostuvo con gran energia, hasta que logró dominar la insurrección.

..

¡Que espectáculo tan triste y vergonzoso, amigos míos, daba entonces desgraciadamente el país á las naciones extranjeras!

¡Cuando el yankee profanaba con planta audaz el suelo sagrado de la patria, de nuestra querida México, sus hijos batiéndose entre sí en las calles

de la capital, en lugar de ir á oponer sus pechos como un muro de bronce al enemigo!



Y no era esto bastante, Puebla se entregó sin resistencia al invasor y el Obispo de aquella dió-

cesis acompañado del Cabildo, es decir de los canónigos y de multitud de sacerdotes, salió á recibir bajo palio al general Scott, que entró triunfante al frente de sus tropas y entonó en su honor un *Te-Deum* en la catedral de aquella ciudad!

Apartemos la vista de acontecimientos y sucesos tan vergonzosos.

Voy á transportaros al Valle de México, donde asistiréis á épicos combates que han pregonado por todos los ámbitos del mundo el valor heroico del soldado mexicano...

Allí presentaré á vuestros ojos ejemplos de abnegación y patriotismo dignos de eterna remembranza que ha recogido y guarda la historia en sus páginas más bellas; allí desfilará ante vuestra vista una legión de héroes para quienes la patria guarda todo su cariño y gratitud y que con sus proezas titánicas, sublimes, se atraieron el respeto y la admiración del mismo sanguinario enemigo y conquistaron un asiento en el templo de los inmortales...

FIN